

INCOMPLETA

Oscar Iriani Montes



Capítulo 1

INCOMPLETA

Sofía miró hacia atrás, y se dio cuenta que solo quedaban ella y el hombre del abrigo negro en el vagón. Faltaban pocos minutos para las doce de la noche, y al llegar a la estación, el tren cambió de andén, lo que produjo un corte de luz que perduró hasta que se detuvo el convoy por completo en la estación.

Antes de levantarse de su asiento, volvió a mirar hacia atrás con un gesto de serenidad, como tratando de decirle "*sé que me estás siguiendo*", sin embargo el hombre ya no estaba. Tomó las bolsas que descansaban bajo su asiento y salió rápidamente en búsqueda de la escalera que la llevaría a la superficie.

El andén estaba en penumbra y solo se veían cuatro o cinco personas al otro lado de los rieles. Uno de ellos, dormía en una banca desteñida que se adosaba al muro del estrecho andén, solo tapado con unas viejas mantas y algunas bolsas negras de basura; el resto, permanecían de pie esperando el último tren de la noche que los llevaría de vuelta a sus casas.

Mientras caminaba rápidamente en busca de la salida, sintió que no iba sola y un escalofrío le recorrió la espalda. Se detuvo bruscamente y se giró a encarar aquella sombra que le pisaba los talones. No encontró a nadie. Retomó su rumbo. Comenzó a ascender por la escala mecánica que se encontraba descompuesta desde hacía un par de años, lo que obligaba a los pasajeros a esforzarse por alcanzar los enormes peldaños ranurados. Al emerger, una llovizna cubrió su rostro y comenzó a mojar sus ropas; primero su abrigo, luego la blusa, hasta llegar a su interior. Incómoda y nerviosa, retomó su caminata y enfiló hacia el callejón que subía serpenteante por el cerro. La tierra que cubría el suelo se transformó rápidamente en jaboncillo; sus pasos resbalaban y dificultaban el ascenso hacia la cima; sus viejos zapatos se cubrían de barro, cambiando de color y textura. El agua continuaba escurriendo hacia su interior más íntimo. El frío calaba hasta los huesos, sin embargo, el miedo no le permitía sentir nada más.

Luego de recorrer un par de cuadras, volvió a percibir esa presencia; una sombra acompañó sus pasos por algunos metros, hasta que nuevamente detuvo su andar. Esta vez, demoró algunos segundos en darse la vuelta; respiró profundamente y apretó los puños que se aferraban a las bolsas como si se tratase de espadas.

— ¿Qué quieres? ¿Por qué me sigues? — Dijo con voz temblorosa.

El viento húmedo le golpeó con fuerza la cara y terminó de empaparla. Su largo y liso pelo negro descansaba sobre sus hombros por donde se deslizaba el agua, que bajaba a borbotones por su pecho. Sofía estaba aterrada; retomó el paso y se adentró en el estrecho callejón que la conducía a su hogar. En la arista del muro, se divisaba una flecha casi blanca sobre un fondo negro, sin embargo el nombre del pasaje se había perdido hace años. Corrió apoyándose contra las calaminas oxidadas que revestían los muros agrietados de las casas vecinas. Algunos portales apenas iluminaban el andar con faroles titilantes, pero eran suficientes para marcar el camino como faros en la tormenta.

Al llegar a su puerta, en penumbras, jadeante y presa del pánico, buscó la llave dentro de su cartera envejecida. Aparecieron mil cosas inservibles y maldijo la mala costumbre de guardar todo allí. Mientras tanteaba en la profundidad, sintió algo que presionaba su hombro; una mano que apoyaba sus dedos largos y delgados.

Capítulo 2

¿Cuántas veces has hecho este mismo trayecto? Debe ser el vaiven del tren ¿te tranquiliza, verdad? ¿no te asustan estos cortes de luz? debe ser el cambio de andén ¿no crees?...no importa, no tienes que contestarme ahora, ya tendrás tiempo más tarde.

¿Sabes Sofía? Alicia te lo agradecerá; no puede partir así. Desde que te vi en el hospital con tu moño tirante y perfecto, el delantal blanco ceñido y tan considerada con aquellos que llevabas en la camilla, supe que tu preocupación por el prójimo era legítima, honesta; y bueno, ahora que lo entiendes, no dejarás que partan sin lo que les corresponde. Incompletos.

Recuerdo cuando mi madre me llevaba a ver a mi padre; caminábamos kilómetros por el estrecho camino; polvoriento y seco en verano, un barrial durante el invierno. Ibamos desde la vieja y desvencijada casa de campo, algo más que una mediagua, hasta el cementerio que estaba en las afueras del pueblo. Ahí nos quedábamos por horas; yo creo que esperaba a que mi padre volviera desde donde estuviera, pero no fue así. A veces, recorríamos el lugar mirando las viejas y encaladas tumbas; otras, nos sentábamos a la sombra de los escasos álcornoques a observar el funeral de algún parroquiano del pueblo, mientras los acompañantes lloraban entonando el nombre del finado. Mi madre se compadecía — ¡Qué suerte la suya! se encontrarán con nuestro Señor, mientras uno tiene que seguir padeciendo las penurias de esta vida —decía con autocompasión y algo de rabia, para luego largarse a llorar.

No fue hasta que cumplí los catorce años que comprendí que lo que mi madre buscaba a través de ese rito semanal, era volver a encontrarse con mi padre; regocijarse juntos frente a su "Señor", alcanzar la gloria y vivir una nueva vida de iluminación.

Ese domingo frente a su tumba, empapados por la lluvia invernal y luego de estar un rato con la vista perdida en el horizonte manchado de nubes oscuras, se arrodilló sobre el suelo embarrado, y con desesperación comenzó a rastrillar la tierra con las manos, tratando de liberarlo de esa cárcel ¿o quizás trataba de alcanzarlo? Sus dedos comenzaron a sangrar, pero parecía no sentir nada; continuó cavando desahogada, hasta que el celador nos encontró en plena profanación. Por suerte, el policía que la detuvo conocía a mi padre; habían hecho el servicio militar juntos. Fue considerado; no informó al juez de lo sucedido y la dejó partir al día siguiente sin siquiera mediar una fianza. Aunque ya no era un niño, era la primera vez que pasaba la noche solo en la casa,

solo acompañado del ladrido de mis perros.

El pastor le decía siempre — Alicia, escucha el mandato de nuestro Señor...“Y después de que ustedes hayan sufrido un poco de tiempo, Dios mismo, el Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables”...ya es hora de que lo dejes partir — entendí entonces que mi misión era alcanzar esa gloria ayudando a los demás a través de su propia “restauración”; a la primera que esperaba ayudar era a mi pobre madre.

La mañana en que volvió de la comisaría, mi madre se encerró en su habitación, y no salió más. La escuché llorar por días. Esperaba que cediera ante el hambre o alguna otra necesidad, pero no fue así. Imaginé que sería momentáneo, que volvería a su centro, que recordaría que mi padre estaba muerto y que no había nada que hacer, que solo le quedaba preocuparse de seguir viviendo, al menos por mí. No fue así. Mientras le daba algo de forraje a las cabras, escuché el disparo; el fogonazo iluminó la ventana que daba al potrero.

Tuve que romper la puerta de su habitación con el hacha; al lograr prender la luz, me la encontré sentada contra el respaldo de su cama, la escopeta de mi padre sobre su regazo y la cabeza partida y desparramada en pedazos sobre la cal blanca del muro de adobe ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no pidió ayuda?

El pastor no me permitió velarla, el templo estaba vetado para ella — Ya te lo dije Samuel, tu madre ha rechazado la salvación a través de Cristo. No podemos hacer nada. Su destino es el lago de fuego. Igual que Saúl o que Judas, se irá al infierno ¿la haz visto? ¡Claro que la viste!...¡itú recogiste lo que quedaba de su cuerpo!! y su cabeza ¿recuerdas? ¡desperdigada contra el muro de la pieza!! No hijo mío. Solo Dios es quien decide cuándo y cómo mueren las personas. Él dijo: “Ved ahora que yo, sólo yo soy, y que no hay otro Dios junto a mí. Yo doy la muerte y doy la vida, hiero yo, y sano yo mismo (y no hay quien libre de mi mano). Deuteronomio 32:39”. ¡Tu madre blasfemó! quiso ver a Dios sin ser invitada. Oraré por ti y tu madre, Samuel. Espero que esto te sirva para ver la luz, y ayudar a tu prójimo a encontrar el camino correcto a nuestro señor. No queda nada más — y me cerró la puerta en la cara. Me quedé solo. Mi madre me dejó solo.

Que obscuro está Sofía ¿No crees que es peligroso para una buena mujer como tú, escalar los cerros a estas horas? La lluvia no ayuda mucho y la soledad es un muy mal acompañante; pero no te preocupes, yo cuidaré de ti. Te necesito intacta, de lo contrario no podrás ayudar a Alicia ¿Cuánto queda? ¿Esa de allá es tu casa?

Capítulo 3

El pavor se apropió de ella. Como si no fuera suficiente con sus ropas empapadas, las tenazas que le apretaban los hombros le terminaron de helar la sangre.

— Hola Sofía, no temas — dijo una voz que no logró reconocer

— ¿Quién eres? ¿qué quieres? — dijo aterrorizada mientras daba media vuelta y trataba de identificar el rostro oculto en la penumbra — Por favor no me hagas nada. No tengo dinero, solo unas pocas cosas para comer...si quieres te las puedes llevar.

El hombre avanzó un par de pasos y el brillo de sus ojos apareció como un destello con el reflejo de la luna que se asomaba entremedio de la espesa nubosidad. Esa misma luna delató un rostro de duras facciones, ojos muy redondos y una boca recta como un tajo, casi sin labios.

— Sí, claro. Creo que te recuerdo; te he visto en el hospital, pero no sé...

— Soy Samuel, el encargado de la morgue ¿me recuerdas? ¿Tu eres la enfermera que lleva los cuerpos que no son reclamados en las salas comunes, verdad?

— Bueno, sí pero...¿qué haces acá?

— ¿No te das cuenta lo que pasa con los que vas a dejar a ese lugar? Los médicos y estudiantes utilizan esos cuerpos como ratas de laboratorio, pero no se preocupan de dejar todo en su sitio. Los muertos tiene derecho a descansar ¿sabías? Derecho a descansar íntegros. Mientras falten piezas, no lograrán hacerlo y mi responsabilidad es que lleguen a su destino — Al hablar, la gélida mirada de Samuel se perdió en el horizonte y sus manos comenzaron a urguetear nerviosas en los bolsillos del abrigo húmedo.

— ¿Por qué me dices esto? ¿No podías esperar a mañana? ¿de qué camino me hablas?.

— No sé por qué te asustas; llevamos tanto tiempo juntos en el hospital. Claro, es probable que tú no me recuerdes, o que no hayas reparado en mí — dijo el hombre mientras sus ojos inyectados giraban de un lado a otro, como tratando de reconocer el lugar — ¡¡Me parece injusto, pues siempre tus muertos llegan a mí, y soy yo quien me tengo que hacer cargo de ellos!! Pero tranquila. Ya te dije que todo lo hago por Alicia; ella te necesita, yo te necesito ¿Recuerdas a Alicia? Es la muchacha que dejaste la semana pasada en la morgue; aquella que

entregaste desde el salón médico de la facultad; aquella que los estudiantes cercenaron y entregaron incompleta ¡¿Recuerdas?! Sin manos ni pies — el rostro de Samuel estaba desencajado — Ahora te corresponde a ti ayudarla a encontrar al Señor; así como está, no puede descansar en paz.

—Estás loco...por favor ándate y déjame tranquila. Tú no me conoces, ni yo tampoco — fue lo último que alcanzó a decir Sofía antes de recibir el golpe en la cabeza. Cayó al suelo como un saco inerte.

Samuel encendió un cigarro sentado frente a la cama de Sofía. Miraba el cuerpo desnudo y azulado. Sus ojos inyectados brillaban aun más y su respiración hacía eco en la silenciosa habitación. Luego de unos minutos, se levantó y apagó el cigarro en el suelo. Tomó una bolsa desde lo que parecía ser la cocina de la casa, guardó sus utensilios y la ropa ensangrentada de la mujer. Luego, tomó las manos y los pies que yacían separados del cuerpo de Sofía sobre la cama, y los envolvió cuidadosamente. Se volvió hacia la puerta principal mientras apagaba la luz y se puso su abrigo mojado.

La llovizna había cesado, y la luna proyectaba las sombras sobre los callejones serpenteantes. El agua descendía por los caminos y escaleras terrosas. Pequeños riachuelos llegaban de vuelta al andén del metro por donde había llegado, sin embargo esta vez hizo el camino de vuelta caminando, acompañado solo por la luz amarillenta de los faroles.

Capítulo 4

Luego de cruzar un conjunto de pasillos, Samuel enfrentó la escala que daba al subterráneo del hospital; bajó cuidadosamente y continuó caminando hasta encontrar una puerta con un letrero que decía "Prohibida la Entrada". Sacó un manojito de llaves de su abrigo y comenzó por abrir un pesado candado, giró un par de chapas más y entró al recinto oscuro. Pasó la palma de su mano por uno de los muros hasta encontrar el interruptor.

Luego de un sinfín de parpadeos, la luz blanca se proyectó en los azulejos de un amplio perímetro. El lugar se encontraba muy limpio; se percibía una mezcla de olores, entre cloro y otros limpiadores que no se reconocían. A un costado de la sala, una llave goteaba sobre un amplio lavadero de acero inoxidable. Al otro costado, un mueble con cajones y una estantería vidriada, de varias puertas, mostraba un conjunto de utensilios quirúrgicos desgastados. Al centro de la sala, sobre una mesa con drenaje, descansaba un torso femenino acompañado de diversos miembros, de distintas tonalidades y tamaños, muy bien ordenados, como si de un juego de Lego se tratara.

Cerró la puerta y cruzó el pestillo verificando que ésta no se pudiese abrir. Se sacó el abrigo mojado y lo dejó a un costado del lavadero.

Con mucha tranquilidad, comenzó el rito de preparación; desde el último cajón del mueble, extrajo unas prendas muy blancas y comenzó a cambiarse. Con un delantal impecable, cubrió su espalda salpicada de tatuajes; eran mensajes apocalípticos y citas bíblicas: "En aquellos días, buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán; desearán morir y la muerte huirá de ellos. Apocalipsis 9:6" — Se miró contra el vidrio de una de las vitrinas, extrajo una peineta del bolsillo trasero de su pantalón, y se acomodó el pelo mojado, perfecto hacia atrás. Su rostro adquirió más filo, sonrió y sus ojos volvieron a brillar.

Samuel se paró al frente de la mesa central, extrajo los pies y las manos que traía en su bolsa, y suavemente completó la figura femenina que yacía frente a él. Estaba listo para cumplir su cometido. Con destreza de sastre, comenzó a unir las piezas sueltas. Conocía la arquitectura del cuerpo a la perfección — La práctica hace al maestro — pensó.

Afuera ya amanecía, pero en su encierro, Samuel había perdido la noción del tiempo. Con mucha delicadeza, enderezó el cuerpo que yacía completo sobre la mesa y se aproximó al rostro blanquecino. Miró a la muchacha fijamente durante algunos minutos y finalmente la besó, sin pasión, como el beso de una madre a su hijo antes de dormir.

— Ahora eres libre "Alicia". Estás completa. Gracias por ese beso, te recordaré siempre. No, no me malinterpretes por favor, no he querido abusar de ti, fue solo un beso ¿Te gustó, verdad? No, no me lo agradezcas, hago lo que indicó el pastor, lo que me corresponde en este mundo...te dejaré descansar, pero por favor, vuelve cuando quieras.